

Morueña Estríngana

MI DULCE
DEBUTANTE



Las hermanas McAllen II

Moruená Estríngana

Mi dulce debutante

Las hermanas McAllen 2



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Ironika / Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2023

Depósito legal: B. 10.762-2023

ISBN: 978-84-08-27557-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Inglaterra, siglo XIX

MOLLY

Observo los jardines ducales nevados. Es una estampa preciosa. Me encanta la nieve, el invierno al lado de la chimenea, hablar con mis hermanas junto al fuego... Tiempos que no regresarán.

Tras la partida de Elle con su marido para ser duquesa, las cosas empezaron a cambiar a un ritmo vertiginoso. Tal vez por esa ausencia me dejé engañar por ese mequetrefe. Esa noche perdí algo más que mi virginidad. Algo murió dentro de mí.

Desde entonces, nada me ilusiona. En mi pecho solo existe un intenso vacío que aumentó cuando mi padre se mató, porque no tenemos dudas de que se dejó morir. No hizo nada por comer. No bebía nada salvo alcohol y, a punto de morir, sonrió y dijo: «Por fin me voy».

Se quiso matar, dejarnos con la pena de su falta de

ganas de vivir. Sin importarle lo que su muerte pudiera hacer en nosotras. En mí...

Lo adoraba y, sin embargo, nada de eso fue suficiente.

Han pasado poco más de dos años desde entonces. He estado en Escocia con la familia de mi madre y, durante algunos instantes, volví a recordar cómo era sonreír sin tener el corazón hecho pedazos. Pero pronto recordaba que, para engañar al mundo sobre mi inocencia, debía ser perfecta y olvidar mis locuras. Dejar de escuchar mi fuego interior, que me tienta a hacer cosas que el resto solo vería como indecorosas.

No pueden existir más taras en mí.

Ahora estoy aquí, para ser presentada en sociedad en unas semanas, a mis casi veintiún años. Solo me salva la gran dote que mi cuñado me ha brindado, y que no soy fea. Como dice mi hermana pequeña, mi belleza clásica encaja a la perfección en los cánones de la sociedad londinense.

Mi pelo rubio, la tez más blanca y los ojos verdes quizá hagan que el resto no se fije en que la inocencia no cubre de rojo mis mejillas.

Porque no soy inocente.

Cierro los ojos y dejo que el frío acaricie mi rostro mientras mi capa ondea por el viento.

Es una locura estar aquí, pero, cuando has renunciado a todo, sentir el frío tocar tu cara te hace creer en algo más que en el vacío de tu pecho.

Oigo unos pasos y pienso que será alguno de los sirvientes de mi cuñado.

—Disculpe... —Esa voz no me suena a nadie que conozca.

Intrigada, me giro y me quedo impresionada ante el

hombre que tengo tras de mí. Es condenadamente atractivo. Dudo que en mi vida haya visto a alguien más hermoso que él. Tiene el pelo rubio, un poco más oscuro que el mío, y sus ojos... Sus ojos son los más increíbles que he visto nunca, de un intenso y misterioso color dorado.

La sonrisa de sus labios parece sincera, pero no me la trago.

Se nota a la legua que es un libertino.

Ahora recuerdo que Grayson comentó que hoy iba a venir su mejor amigo a verlo y a pasar unos días con nosotros. Mi cuñado lo llama Jared, porque se nota que entre los dos hay un vínculo especial.

Es conde, ya que su padre murió hace poco más de un año, y, para referirme a él, debo llamarlo lord Middelton.

—¿Se ha perdido?

—Eso mismo iba a preguntarle yo a usted.

—Teniendo en cuenta que esta es la casa de mi hermana, dudo que yo esté fuera de lugar aquí.

—¿Es consciente de que ha empezado a nevar?

Lo miro y me doy cuenta de que es cierto.

Observo la nieve caer. Estoy tan metida en mi mundo que me cuesta centrarme en lo que me rodea.

—Sí —miento, y su sonrisa de medio lado indica que no me ha creído.

Hace una perfecta reverencia.

—Lord Middelton, conde de Longrivers y mejor amigo de su cuñado, a su servicio.

Le hago una pequeña reverencia, porque es un conde y mi posición está por debajo de la suya, aunque no haya nadie observando.

—Señorita Molly McAllen.

—Encantado de conocerla, y ahora..., ¿puede acompañarme dentro a buscar a su cuñado antes de que coja una pulmonía?

Me ofrece su brazo y la verdad es que me tienta la idea de pasar el mío por el suyo y sentir su calor, pero, por eso mismo, le digo que no.

Debo recordar que, para conseguir mi fin, no puedo dejarme llevar por mis deseos.

—No, pero puedo decirle que está en la biblioteca y que vaya usted solo.

Lord Middleton me observa sorprendido. Creo que este canalla no está acostumbrado a que las mujeres le hagan un desplante.

—Como quiera, pero si acepta un consejo, la nieve se ve igual desde la ventana.

—Lo dudo. No es lo mismo observar algo que sentirlo, pero gracias por su innecesario consejo, lord Middleton. —Le hago una reverencia a modo de despedida y le doy la espalda para seguir contemplando sola la nieve.

Sé que darle la espalda no es lo correcto, pero, por muy atractivo que sea, no quiero seguir hablando con él, y aquí en el campo, lejos de los chismosos, nadie puede comentar mi falta de decoro; como tampoco pueden apuntar que se ha presentado sin usar a su amigo para este fin. Algo que, en un salón de baile, sería impensable.

Si alguien quiere conocerte, debe usar a otra persona que te conozca para que te presente.

Me sé todas las normas de etiqueta, y Elsie me ha recordado que hay un flirteo especial con el abanico y el pañuelo. Lo tengo todo anotado por mi hermana pequeña, con la que me llevo un año y a la que extraño mucho.

No haré nada de eso, porque temo que la gente me tache de casquivana y debo pasar más por inocente o sosa que sacar mi lado seductor y coqueto.

—Nos vemos, señorita Molly.

No le respondo, porque es evidente que durante estos días en los que estará aquí nos veremos más de una vez.

Lo escucho alejarse y solo cuando creo que no me verá me giro para verlo andar con esos aires de alguien que sabe que, si quiere, puede conquistar el mundo.

Se gira y me doy la vuelta con rapidez, aun sabiendo por su sonrisa que me ha pillado.

Tal vez, si esto me hubiera pasado hace años, estaría atontada, pensando que un hombre apuesto me ha dedicado unas palabras, pero ya no soy esa chica. Ni creo en las palabras ni en las miradas secretas.

Tristemente, ya no creo en nada. Salvo en la posibilidad de conseguir un marido respetable que me dé los hijos a los que espero amar con toda mi alma, y para eso es mejor cerrar los ojos y olvidar todo lo que pueda ser inapropiado para una mujer...

Olvidar gran parte de mí.

JARED

Me marcho a buscar a mi amigo pensando en su cuñada, la señorita Molly.

Grayson me dijo en sus cartas que su cuñada le iba a traer más de un quebradero de cabeza esta temporada, porque era demasiado bonita para su tranquilidad.

Eso, sumado a su cuantiosa dote y a ser la protegida de un duque, hará que los pretendientes no paren

de acudir a su casa buscando las atenciones de la joven.

Tras conocerla, puedo dar fe de que eso será así.

Es increíblemente hermosa, con ese pelo rubio y esos grandes e intensos ojos verdes. Se parece un poco a su hermana, pero la belleza de Molly es más palpable. Más dulce.

Aunque me he fijado que en sus ojos no he visto emoción.

Tampoco se ha sentido impresionada por mí.

¡Y me ha rechazado!

No recuerdo la última vez que una mujer tuvo la osadía de hacerlo, y que ella lo haya hecho me ha intrigado.

Grayson tiene un problema y muy gordo.

Esta temporada va a ser muy divertida. Al menos, si soy capaz de olvidar la insistencia de mi madre en casarme. Ha conseguido espantosos matrimonios para mis hermanas, sin importarle que yo no diera mi beneplácito. Se aprovechó de mi padre moribundo para que diera su consentimiento y poder casar a ambas con hombres mayores y horribles.

Desde que se han casado, casi no nos hemos visto y, cuando lo hacemos, ver posarse en sus ojos esa tristeza que revela que ni el título que las une a su marido las hace felices me destroza.

Sé que un día seré yo el que esté ligado a alguien a quien solo soporte y a quien no quiera ver más de lo necesario para preservar el título.

Noto cómo la soga invisible que llevo en mi cuello se aprieta más al pensar en ello.

Soy feliz dirigiendo la naviera y con los asuntos clandestinos que tengo con Grayson.

Nací para ser conde y no hay día que no odie no poder elegir mi camino.

Mi horrible madre se encarga de recordármelo casi a diario.

Entro en el despacho y veo que Grayson observa a su cuñada.

Me acerco a la ventana y la miramos juntos. Está inmóvil mientras la nieve cae sobre su capa oscura, que se ha puesto sobre la cabeza.

—Podías haber esperado a que te la presentara. Al fin y al cabo, vas a pasar unos días con nosotros.

—Puedes usar eso para la sección de chismes del periódico. —Me mira serio—. U obviar que soy tan descarado como tú.

Por suerte, esta casa casi no tiene sirvientes y los que hay son muy leales a Grayson: el que fue amante de su madre, Alfred, y unos pocos más de estricta confianza.

Es en la casa de la ciudad donde, aunque Grayson, tras lo que le pasó a Elle, ha reducido el número de sirvientes, no las tiene todas consigo de que esa gente no se vaya de la lengua por unas monedas de oro.

Pero en este lugar mi descarado no ha puesto en un compromiso a Molly. Ni la pondrá si la veo de nuevo y hablo con ella sin seguir el protocolo.

—Ella no es para ti —me recalca mi amigo.

—¿Demasiado perfecta?

—No. Tú eres un libertino que no serías fiel a nadie. Me río.

—¡Cómo me conoces! Y, aunque es preciosa, Molly está lejos de ser la mujer perfecta para mí. Mi madre nunca consentiría esta unión.

—Eso me da más miedo, porque a ti te van los retos.

—Sí, pero quiero estar soltero un poco más. No

quiero una esposa ahora. Por muy atractiva y preciosa que sea tu cuñada.

—Mejor, porque me importas, pero ella es como una hermana para mí —me advierte.

—Yo tampoco me querría como marido de nadie. Así que tranquilo.

Asiente y vemos cómo Molly entra en la casa con las mejillas pálidas. Está muerta de frío, pero lo hace con gracia y sin que nadie note que está congelada. Su elegancia y su porte son perfectos.

—No se parece a tu mujer.

—No, o eso quiere hacernos creer. Conocí a esa joven hace años y, aunque era la más comedida de las tres, cuando la mirabas veías en sus ojos el mismo fuego de sus hermanas. Solo espero que no lo saque a la luz, porque así tendrá la opción de elegir entre muchos pretendientes y no conformarse. Como sea como Elle... Solo un loco que desafía esta sociedad querría a su lado una mujer que nunca deseará estar por detrás de él, sino a su altura. —Se nota en sus palabras que ama eso de su esposa—. Pero Molly, de momento, no se parece ni a quien fue ni a su hermana. Su educación y su clase son impecables.

—Dudo que la señorita Molly, siendo hermana de Elle, sea como crees.

—Ha cambiado mucho. Elle está muy preocupada por ella. En este mes que lleva aquí no ha mostrado interés por ninguna de las aficiones de su hermana. Solo lee y cose bordados preciosos. Es como si no hubiera sangre en sus venas. Siempre fue la más callada de las tres, pero algo ha muerto en ella y Elle teme que sea para siempre.

—Dadle tiempo.

—¿Acaso puedo dárselo? Tiene casi veintiún años. Pronto estará casada y su futuro marido, o bien logra que ella sea feliz, o el matrimonio la sumirá en una tristeza aún mayor. El tiempo pasa muy rápido para las mujeres casaderas. No tienen nuestra suerte.

—No, no la tienen. Aunque nuestras cadenas son igual de opresivas.

Grayson sabe por qué lo digo.

—Suerte tendrás si tu madre te deja escaparte de los lazos del matrimonio una temporada más.

—Solo tengo veintinueve años. Al contrario que tu cuñada, yo aún me puedo tomar unos años de libertinaje.

—Como si eso fuera a cambiar cuando te cases.

Me río, porque los dos sabemos que no lo hará.

Poca gente se casa por amor y dudo que la suerte de mi amigo de amar a su esposa me toque a mí. Ya he asumido que eso nunca me pasará. Con suerte, no repudiaré estar cerca de la mujer que me toque desposar por obligación.